

EL TORBELLINO



En unos pocos meses, Rusia dijo todo lo que había callado siglos enteros.

Desde febrero hasta el otoño de 1917, se había producido en todo el país, día y noche, un mitin continuo y desordenado.

Masas de gente se reunían en las plazas de las ciudades, junto a los monumentos, y en las estaciones de ferrocarril con olor a cloro, en las fábricas, en los pueblos, en los mercados, en cada patio y en cada escalera de cualquier casa normalmente habitada.

Juramentos, llamamientos, acusaciones, fervor oratorio... Todo quedaba ahogado de pronto con furiosos gritos de «¡Abajo!» o con los entusiastas y roncocos de «¡Viva!». Estos gritos rodaron como truenos de piedra por todas las encrucijadas.

Moscú se encontraba especialmente inspirada y exaltada en estos mítines.

A uno lo zarandeaban, a otro lo sacaban del monumento a Pushkin de la solapa del abrigo, a otro lo besaban y le arañaban las mejillas con la barba, a otro le estrechaban las manos llenas de callos, a un intelectual le quitaban el sombrero. Pero un minuto después, lo llevaban triunfalmente en brazos mientras que él se sujetaba los quevedos que se le volaban y soltaba maldiciones a unos desconocidos destructores de la libertad de Rusia. Aquí y allá alguien aplaudía con desesperación, y el estruendo que producían

aquellas manos duras se asemejaba al golpeteo de granizos de gran tamaño sobre el pavimento.

A decir verdad, la primavera de 1917 fue fría, y el granizo crujiente cubría a menudo la hierba joven de los bulevares moscovitas.

En los discursos nadie pedía la palabra. La tomaba quien quería. A los soldados recién llegados del frente y a un oficial francés atrapado en Rusia, Jacques Sadoul,¹ miembro del Partido Socialista Francés, y más tarde comunista, se les permitía hablar de buena gana. Su abrigo azul no dejaba de revolotear entre los dos lugares más populares en Moscú para los discursos, la estatua de Pushkin y la de Skóbelev.

Cuando un soldado se autoproclamaba frentista, primero lo sometían a un ruidoso interrogatorio. «¿De qué frente?», le gritaban desde la multitud. «¿De qué división? ¿De qué regimiento? ¿Quién es el comandante de tu regimiento?».

Si al soldado, confuso, no le daba tiempo a contestar, acompañado de los gritos de «¡Es del frente de Jodynka! ¡Abajo con él!» lo arrastraban fuera de la tribuna y lo empujaban hacia la multitud. Allí se sonaba avergonzado la nariz, se limpiaba con los faldones del abrigo y sacudía la cabeza desconcertado.

Para hacerse rápidamente con la atención de la multitud y que te escucharan, era necesario comenzar de una manera interesante.

Una vez, un soldado de espesa barba y vestido con un abultado abrigo subió al pedestal del monumento a Pushkin. La multitud le preguntó: «¿De qué división eres? ¿De qué unidad?».

El soldado frunció enfadado el ceño.

—¿Por qué gritáis?! —exclamó—. ¡Si nos registráis a todos, seguro que encontraréis en el bolsillo de uno de cada tres hombres

¹ Jacques Sadoul (1881-1956). Figura del movimiento obrero francés e internacionalista. En 1917, nombrado agregado de la misión militar francesa en Petrogrado, se negó a servir al Gobierno reaccionario francés. En 1919 se unió al Ejército Rojo y participó en el movimiento de resistencia. (*N. del T., como todas las demás*).

una foto del káiser Guillermo! ¡Más de la mitad de vosotros sois espías! ¡Eso es un hecho! ¡¿Qué derecho tenéis a hacer callar a un soldado ruso?!

Esa fue una buena jugada. La multitud guardó silencio.

—¡Alimentad a los piojos en las trincheras —gritó el soldado— y luego podréis interrogarme a mí! ¡Sois unos canallas al servicio del zar! ¡Cabrones! Lleváis lazos rojos, pero ¿creéis que no podemos ver a través de vosotros? No solo nos vendéis a la burguesía como si fuéramos pollos, sino que queréis arrancarnos hasta la última pluma. ¡Por vuestra culpa no hay más que traición en el frente y en la podrida retaguardia! ¡Camaradas frentistas! ¡Os hago un llamamiento! ¡Os pido humildemente que rodeéis a todos estos ciudadanos, los registréis y comprobéis sus documentos! Y si alguien tiene algo sospechoso, ¡lo ejecutaremos nosotros mismos, sin esperar la orden del comisario del Gobierno! ¡Hurra!

El soldado se quitó la gorra y la levantó por encima de la cabeza. Algunos gritaron «¡Hurra!», pero de forma dispersa e inconexa. Al instante empezó un ominoso movimiento de la multitud, y los soldados, cogidos de la mano, comenzaron a acordonarla.

Resulta imposible saber cómo habría terminado el asunto si a alguien no se le hubiera ocurrido llamar al Sóviet de Diputados. Desde allí mandaron un camión de obreros armados que restablecieron el orden.

Poco a poco, los discursos en diferentes lugares de Moscú tomaron su propio carácter. En la estatua de Skóbelev hablaban principalmente los representantes de los diferentes partidos, desde los cadetes² y los socialistas populares³ hasta los bolcheviques.

² Militantes del Partido Democrático Constitucional, de corte liberal, que existió en Rusia entre 1905 y 1917. Sus miembros eran llamados *cadetes* por las siglas del partido en ruso, KD.

³ Militantes del Partido Socialista Popular (escisión del Partido Democrático Constitucional), contrario a la revolución y solo partidario de algunas reformas. Por sus siglas en ruso (NS), era llamado el «enese», y sus militantes «eneses».

Allí los discursos eran encendidos, pero serios. En la estatua de Skóbelev nadie podía dar rienda suelta a la lengua. Al primer intento, el orador recibía un grito unánime: «¡A Taganka! ¡Al infierno!».

En la plaza Taganka se podía hablar de lo que se quisiera, por ejemplo de que Kérenski⁴ había sido bautizado en la aldea de Shpola o de que en el monasterio de Donskói los monjes habían encontrado mil monedas de oro de diez rublos metidas dentro de manzanas en conserva.

Un día, en primavera (ya era mayo, pero nadie, al parecer, se había dado cuenta entonces ni del deshielo del río Moscova ni de que los cerezos ya estaban en flor), me encontraba entre la multitud ante la estatua de Skóbelev. Tuvo lugar un altercado entre eseristas⁵ y bolcheviques.

Inesperadamente, Rachinski⁶ se subió al pedestal del monumento. Yo incluso me emocioné. Nunca había visto a Rachinski hasta entonces en Moscú.

Rachinski se quitó el sombrero de terciopelo de ala ancha, levantó en alto el bastón, con una náyade de plata desnuda en el mango, para pedir silencio y gritó con patetismo:

—¡Negras nubes intentan oscurecer el radiante sol de nuestra libertad! Dejad que yo, un pobre y humilde poeta que vive en una buhardilla, alce mi voz indignada...

—¡A la basura! —exclamó alguien entre la multitud con voz clara y resuelta, pero algo áspera.

—¡A Taganka! —se hizo eco la multitud con entusiasmo—. ¡Eh! ¡El que esté más cerca que lo baje del pedestal!

⁴ Alexandr Fiódorovich Kérenski (1881-1970). Dirigente del Partido Social-Revolucionario y presidente del Gobierno Provisional.

⁵ Militantes del Partido Social-Revolucionario, de ideología socialdemócrata. Su apelativo proviene de las siglas en ruso para «social-revolucionario»: SR.

⁶ Grigori Alexéievich Rachinski (1859-1939). Filósofo, traductor y periodista especializado en religiones.

—¡Esto es un abuso! —gritó Rachinski desesperado—. ¡Esto es la voz de la chusma descerebrada!

Pero aun así no se le permitió hablar. Levantó afligido los ojos al cielo, agitó los brazos y, con dignidad, saltó del pedestal y desapareció entre la multitud.

Los discursos en el monumento a Pushkin, aunque eran variados en sus temas, mantenían, como se acostumbra a decir ahora, «un alto nivel». En el monumento a Pushkin, la mayoría de las veces hablaban estudiantes.

Yo por aquel entonces trabajaba en el periódico y debía asistir a aquellos discursos, que registraban las más pequeñas fluctuaciones del estado de ánimo de todo Moscú. Allí, en esos discursos, los periodistas nos enterábamos de muchas noticias.

El periódico donde yo trabajaba tenía un nombre bastante extraño, *Védomosti Moskóvkogo Gradonachalstva*.⁷ En aquella época ya no había Gobierno municipal ni tampoco gaceta. Es posible que el periódico se llamara así porque su redacción ocupaba el antiguo edificio del gobernador de la ciudad, en el bulevar Tverskói.

Era un periódico pequeño. Lo dirigía Don Aminado, un poeta folletinista muy frívolo y fanfarrón. Nadie sabía su verdadero nombre.

El periódico publicaba telegramas amarillistas llegados de todas partes del país, crónicas de la vida moscovita y, de vez en cuando, dos o tres órdenes del comisario del Gobierno Provisional, el doctor Kishkin. A nadie se le ocurría cumplir estas órdenes. Por lo tanto, la figura de Kishkin tenía un carácter puramente decorativo. Era un hombre escuálido, con barba gris y mirada de condenado al patíbulo. Vestía una elegante levita con solapas de seda y llevaba una escarapela roja en el ojal.

Cada día los discursos de los oradores se definían más, y pronto comenzaron a surgir de la confusión de consignas y reivindicaciones

⁷ Literalmente «Gaceta del Gobierno Municipal».

los dos bandos en los que ya estaba dividido el país: el bando de los bolcheviques y los obreros, y el de la gente en un principio de buenos sentimientos, pero blanda y confusa, el bando de los intelectuales partidarios del Gobierno Provisional. Por supuesto, no de todos los intelectuales, pero sí de una gran parte de ellos.

El Estado se desmoronaba como un trozo de arcilla húmeda. Las provincias, la Rusia de provincias no estaba subordinada a Petrogrado, vivía no se sabía cómo y clamaba por no se sabía qué. Y el ejército en el frente se descomponía con rapidez.

Kérenski recorría Rusia para intentar, con su elocuencia arrebatadora, levantar el país. Se esforzaba por sustituir el poder de las ideas y de las convicciones con frases pomposas, poses operísticas y gestos majestuosos pero improductivos. Hablaba así ante los miles de soldados en el frente, en los parapetos de las trincheras, y no se daba cuenta de que resultaba sencillamente ridículo.

Una vez le arrancó los galones a un soldado ya mayor y enfermo que se negaba a ir a las trincheras. Lo señaló con gesto imperioso de César y le gritó:

—¡Cobarde! ¡Ve a la retaguardia! ¡Nosotros no: será tu propia conciencia la que te mate!

Dijo todo esto con voz trágica, con los ojos llenos de lágrimas, mientras los soldados se daban la vuelta y lo maldecían.

Yo había visto muchas veces a este hombre, con su cara hinchada color limón, los párpados morados y cabello ralo y canoso cortado de punta. Caminaba deprisa, lo que hacía que sus ayudantes corrieran detrás de él. Se giraba con la misma rapidez y brusquedad y asustaba así a sus acompañantes. Tenía un brazo enfermo que llevaba atado con una venda negra y cuya mano metía bajo la solapa de la arrugada guerrera, que le caía con pliegues sobre el vientre. Las polainas marrones de charol le rechinaban y brillaban en sus largas y delgadas piernas.

Con áspera voz de perro lanzaba frases cortas a la multitud y terminaba por jadear. Le encantaban las palabras sonoras y tenía

fe ciega en ellas. Le parecía que sobrevolaban el país en alerta como el tañido de una campana y que inspiraban al pueblo al sacrificio y a las grandes gestas.

Tras gritar sus pomposas palabras, Kérenski se dejaba caer en una silla y temblaba bañado en lágrimas. Sus ayudantes le daban de beber. Desprendía olor a valeriana como las damas hipocondriacas.

Ese olor, que recordaba al aire viciado de los pisos acomodados y antiguos, lo desenmascaraba. Al menos eso me pareció a mí entonces. De alguna manera, estaba convencido de que el olor de las medicinas era incompatible con el alto cargo de tribuno.

Pronto entendí que Kérenski era tan solo un enfermo con una gran dolencia dostoiévskiana, un actor que creía en su excelso propósito mesiánico y que se precipitaba de cabeza al abismo.

Era aparentemente honesto en sus conmovedoras convicciones, en su fidelidad a Rusia, pero este histérico resultaba una pequeña astilla llevado a la deriva en la cresta de la primera ola revolucionaria.

Rusia había tenido desde tiempos inmemoriales gran cantidad de iluminados. Kérenski poseía la dosis suficiente de iluminación.

Tuve la ocasión de conocer a casi todos los líderes de la Revolución de Febrero. Aún no tenía una opinión clara de aquella situación tan confusa, pero me sorprendía la gran diversidad de estas gentes.

Kérenski, por ejemplo, era diferente por completo al ministro de Asuntos Exteriores, el profesor de historia Pável Miliukov, que se daba aires señoriales.

Su pelo gris azulado parecía aséptico y de hielo. Todo en él era aséptico y de hielo, hasta la menor de sus medidas y correctas palabras. En aquellos tiempos tumultuosos parecía de otro planeta, un planeta benigno y académico.

De la nada surgieron voceadores por todas partes. Crecían como las setas. Lo más importante era gritar más que el enemigo.

Una demagogia barata floreció como en un campo abonado. Hasta se importaba a esos voceadores del extranjero.

En una ocasión llegó de París el ministro francés de Abastecimiento Militar, Albert Thomas. Vino para convencer al «valiente pueblo ruso» de que permaneciera fiel a los aliados y de que no saliera de la guerra.

Este señor paticorto de barba pelirroja y vestido con una refinada levita mostró en sus discursos grandes capacidades para los gritos y los gestos expresivos. Una vez habló desde el balcón del actual edificio del Soviet de Moscú (por aquel entonces la residencia del comisario del Gobierno Provisional).

Thomas hablaba en francés. Apenas había una decena de personas entre la multitud que lo escuchaba que conociera esa lengua. Esa multitud la formaban principalmente soldados y habitantes de los suburbios de Moscú. Pero el discurso de Thomas se podía comprender incluso sin palabras.

Thomas, con las piernas encogidas, brincaba a lo largo del balcón e hizo una vívida demostración de lo que pensaba que le ocurriría a Rusia si se retiraba de la guerra. Se retorció el bigote a la manera del káiser Guillermo, puso ojos de ave de rapiña, dio un gran salto y en el acto agarró a una Rusia imaginaria por el cuello. Se agarró a ella en una pelea a muerte, resopló, la arrojó bajo sus pies y comenzó a pisotearla ferozmente con sus zapatos de charol mientras lanzaba gritos de guerra y rugía como un tigre rabioso.

Aquella terrible danza de Guillermo sobre el cadáver derrotado de Rusia se prolongó durante varios minutos. La multitud, asombrada por el espectáculo circense, contenía la respiración.

Después un rumor sordo corrió entre los presentes. Thomas se secó la cara enrojecida con un pañuelo perfumado y, con un gesto habitual, se puso su brillante sombrero de copa algo ladeado. Escuchó al gentío y sonrió. En aquel murmullo creyó percibir aprobación.

Pero el murmullo se hizo cada vez más amenazador hasta que por fin se oyeron gritos de: «¡Qué vergüenza!», «¡Payaso!», «¡Abajo!». Y se oyó un silbido estridente.

Alguien cogió a Thomas amablemente por el brazo y lo sacó del balcón. Entonces lo sustituyó un socialista belga, Émile Vandervelde, un hombre con una insoportable cara de funeral que vestía una levita con botones de pastor protestante.

Comenzó a hablar muy bajo, sin entonar, masticando las palabras con labios finos y resecos. Parecía querer dormir a la multitud, que poco a poco empezó a dispersarse. Muy pronto no quedó más que un pequeño grupo bajo el balcón y fue evidente que solo escuchaba a Vandervelde por cortesía.

Vandervelde dijo lo mismo que Thomas. Hizo un hosco llamamiento de lealtad a la «sagrada alianza militar».

Desde el lado del monasterio Strástny se oía música. Esta se hacía cada vez más fuerte y retumbante:

Todos venimos del pueblo,
hijo de familia obrera.
«Unión fraterna y libertad»,
¡ese es nuestro lema de combate!⁸

Columnas de obreros del barrio de Presnia se acercaban por la calle Tvérskaia. Las telas rojas de las banderas ondeaban junto a Vandervelde: «Paz a las cabañas, guerra a los palacios», «¡Todo el poder a los Soviets!», «¡Abajo la guerra!».

Vandervelde movió los labios unos minutos más. Luego dobló las hojas con sus notas y se alejó lentamente, apoyándose, en vez de en un bastón, en un paraguas bien enrollado y metido en una funda de seda.

⁸ Versos de la canción *¡Con valor, camaradas! ¡Adelante!*, del poeta y revolucionario Leonid Petróvich Radin (1860-1900).

Las columnas de obreros no repararon en él y cantaban:

Todo lo que mantiene sus tronos
es obra de manos de trabajadores.
Nosotros mismos llenaremos las balas
y ¡calaremos las bayonetas en los fusiles!

Ahora, muchos años después, cuando volvemos la vista a los primeros meses de la revolución, nos damos cuenta perfectamente de que aquel era un tiempo marcado por la inestabilidad y por la expectativa de cambios inexorables.

El viejo orden había sido destruido. Pero en el fondo, casi nadie pensaba que el nuevo sistema nacido en febrero fuera el fin de la revolución. No era, por supuesto, más que una fase transitoria en la historia de Rusia.

Es muy posible que los fugaces dirigentes del país de por aquel entonces también se dieran cuenta de ello. Esto debilitaba su resistencia a esa nueva idea, hostil para ellos pero inevitable, que sonó por primera vez en las palabras que Lenin pronunció desde un carro blindado a su llegada a la estación de Finlandia: «¡El amanecer de la revolución socialista mundial ya ha comenzado!».

Todo lo que se había conseguido sin esfuerzo y apresuradamente después de febrero era, como resultó ser, el temprano comienzo de unos nuevos tiempos.

Esto quedó claro para todos mucho más tarde. En aquel momento solo se percibía de una manera vaga. Era una época demasiado tensa, cada día tenían lugar demasiados acontecimientos extraordinarios. No había suficiente fuerza mental ni tampoco tiempo para analizar como es debido el vuelo fugaz de la historia. El ruido de la caída del viejo sistema se transformó en un estruendo incesante.

La idílica complacencia de los primeros días de la revolución se desvanecía. Mundos enteros se resquebrajaban y se derrumbaban.

La intelectualidad, la gran y humana intelectualidad rusa, creada por Pushkin y Herzen, Tolstói y Chéjov, estaba en su mayoría confundida. Quedó sin remedio a la vista de todos que, a pesar de que tenía la capacidad suficiente para concebir altos valores espirituales, resultaba impotente en la labor de la creación de un Estado.

La cultura rusa creció principalmente en la lucha por la libertad y contra un sistema autocrático. Gracias a esta lucha se agudizó el pensamiento, se fomentaron unos sentimientos elevados y la valentía de los ciudadanos.

El viejo sistema se había derrumbado. En lugar de sembrar en el pueblo los simples valores de «la razón, la bondad y la eternidad», se hacía necesario crear de inmediato, y con las propias manos, nuevas formas de vida con las que dirigir un país inmenso y abandonado por completo.

La turbia situación, casi irreal, del país no podía durar mucho. La vida del pueblo exigía objetivos claros, una aplicación concreta del esfuerzo. Resultó que el establecimiento de la justicia y la libertad requería trabajo duro e incluso dureza. Resultó que estos conceptos no nacen por sí solos al son de los platillos y del clamor vehemente de los ciudadanos.

Esas fueron las primeras lecciones que nos dio la revolución. Ese fue el primer encuentro cara a cara de la intelectualidad rusa con sus ideales.

Fue un amargo cáliz que no pasó a nadie de largo. Los fuertes de espíritu bebieron de él y se quedaron con el pueblo. Los débiles degeneraron o perecieron.

Así entró el país en una terrible y larga época de creación de una nueva forma de vida. Pero, repito, en aquellos tiempos estos pensamientos no eran todavía plenamente comprendidos por todos. Eran un embrión, casi un sentimiento. Mucha gente navegaba a la deriva de la voluntad de los acontecimientos con el único deseo de vivir un poco más para ver cómo se desarrollaba la historia y a qué puerto llegaba al final Rusia.



En cuanto a mí, recibí la Revolución de Febrero con entusiasmo juvenil, aunque ya tenía veinticinco años. Creía ingenuamente que esta revolución podría cambiar al instante a todas las personas para mejor, y unir a enemigos irreconciliables. Me parecía que, en aras de los innegables valores de la revolución, a nadie le resultaría difícil abandonar los vestigios del pasado, todo tipo de mezquindades y, sobre todo, el ansia de enriquecimiento personal, la enemistad nacional y la opresión del hombre por el hombre.

Siempre estuve convencido de que todo ser humano lleva dentro los principios de la bondad y que bastaba con invocarlos para que los sacara de lo más profundo de sus entrañas.

Pero pronto me di cuenta de que estos buenos sentimientos eran mitad humo y mitad podredumbre. Cada nuevo día me arrojaba a la cara crueles pruebas de que el ser humano no cambia con facilidad, y de que la revolución no había destruido todavía ni el odio ni la desconfianza mutua.

Yo ahuyentaba de mí ese desagradable pensamiento, pero este no se iba del todo y enturbiaba mi alegría. Cada vez con más frecuencia estallaba de ira. Comencé a odiar con especial virulencia a los engreídos intelectuales liberales, convertidos en auténticos idiotas de forma rápida y evidente, y que hacían gala de una mala voluntad hacia su propio pueblo, al que hacía muy poco querían. Pero esto no significaba que aceptara sin más la Revolución de Octubre que tuvo lugar tiempo después. Aceptaba muchas cosas y rechazaba otras, en especial todo lo que sentía un desprecio por la cultura del pasado.

Mi educación idealista no me permitía aceptar de pleno la Revolución de Octubre. Esa fue la razón por la que viví los dos o tres primeros años de la Revolución no como un participante, sino como un testigo profundamente interesado en ella.

Solo en 1920 comprendí que no había otro camino más que el elegido por mi pueblo. Entonces mi corazón se sintió aliviado de inmediato. Dio comienzo una época de fe y de grandes esperanzas. Mi vida posterior no transcurrió sin propósito alguno, sino con la firme creencia de servir al pueblo en el campo que más eficaz y apropiado consideraba con respecto a mis capacidades: la literatura.

No se sabe qué camino es mejor, si el que conduce de la duda al reconocimiento o uno desprovisto de cualquier duda.

En cualquier caso, un profundo amor por la libertad, la justicia y el humanitarismo, así como la honradez con uno mismo, siempre me parecieron las cualidades indispensables que debe tener toda persona de nuestra época revolucionaria.

La fría primavera de 1917 fue sustituida por un verano sofocante.

Un viento ardiente arrastraba por las aceras montones de periódicos arrugados y rotos. Casi todos los días aparecían en Moscú nuevos periódicos, algunos de las tendencias más increíbles, incluidos periódicos teosóficos y anarquistas con el lema: «La anarquía es la madre del orden». Estos sonoros periódicos, en su mayoría muy mal redactados, duraban solo uno o dos días.

El viento agitaba en los muros decenas de acusaciones o de llamamientos a la prudencia. El aire estaba cargado del olor a petróleo de la tinta de impresión y también del aroma del pan de centeno. Este último, tan rústico, lo había traído consigo el ejército. La ciudad se llenaba de soldados que llegaban a la retaguardia a pesar de las órdenes que gritaba Kérenski.

Moscú se convirtió en un ruidoso campamento militar. Los soldados se instalaron profusamente alrededor de las estaciones de ferrocarril. Las plazas que las precedían humeaban como ruinas de ciudades conquistadas. Pero no era humo de pólvora, sino de tabaco, por ende de mala calidad. El viento también hacía girar grises remolinos de cáscaras de pipas de girasol.

Una bandera roja, atada al sable de bronce de Skóbelev, hacía tiempo que estaba descolorida por el sol, pero ondeaba al viento victoriosa.

Una nube de polvo se cernía sobre la ciudad. Las somnolientas farolas amarillas permanecían encendidas día y noche. Tan solo se olvidaban de apagarlas.

La hora se había retrasado por orden del Gobierno para ahorrar electricidad y el sol se ponía a las cuatro de la tarde.

Todo Moscú se encontraba en pie. Las casas estaban vacías. La gente enronquecía toda la noche en los mítines, deambulaba insomne por las calles, se sentaba y discutía en los jardines o directamente en las aceras. Los desconocidos que se encontraban en los mítines se convertían en el acto en amigos o enemigos. Habían pasado ya cuatro meses desde el comienzo de la revolución, pero la excitación todavía no se había calmado. El entusiasmo aún gobernaba los corazones.

Decidí irme con mi madre a pasar el otoño. La ciudad de Moscú había agotado mis fuerzas. Durante todo ese tiempo no conseguí leer más que una inmensa cantidad de panfletos políticos que habían sido impresos de forma apresurada en papel de periódico y que reflejaban el irreconciliable enfrentamiento entre partidos. Tenía el sueño incumplido de poder releer *Guerra y paz*, de Tolstói. Me parecía entonces que esta novela había sido escrita hacía dos siglos.

Mi madre vivía con mi hermana Galia en Polesia, cerca de la ciudad de Chernóbil. Allí mi tía Vera, la de Kiev, tenía una pequeña finca llamada Kopán, y mi madre aceptó vivir en Kopán y llevar aquella exigua propiedad. A mi madre le encantaba trabajar la tierra. Durante un tiempo soñó con que yo estudiara para ingeniero agrónomo.

Realicé el viaje a través de Kiev. Al igual que Moscú, hervía de mítines por todas partes, solo que en vez de «¡Abajo!» y «¡Hurra!» allí gritaban «¡Adelante!» y «¡Gloria!», y en vez de *La marsellesa*

cantaban el *Testamento*,⁹ de Tarás Shevchenko, y *Ucrania aún no ha muerto*.¹⁰

Llegué a Chernóbil por el Dniéper y el Prípiat en un pequeño vapor desconchado, el *Volodia*. Era un barco muy trabajador. De vez en cuando, el capitán, un ucraniano de bigote canoso y con un lazo rojo en el pecho, subía al puente de mando y, con una risa socarrona, gritaba en dirección a la sala de máquinas:

—¡Vamos, *Volodia*! ¡Más rápido! ¡Esfuézate por la revolución!

Y *Volodia* se esforzaba. Comenzaba a echar vapor con todas sus fuerzas, golpeaba el agua apresuradamente con sus palas y aumentaba de forma notable la velocidad. Pero esta no duraba mucho. Pronto las palas chapoteaban de nuevo con pereza fuera de la borda y los bondadosos pasajeros se tumbaban a descansar en la cubierta. Desde la orilla llegaba un dulce aroma a malva-visco y el chirriar de los saltamontes se fundía en un letárgico zumbido.

Yo también me adormilé en la cubierta. Moscú me parecía allí un sueño confuso.

Desde Chernóbil había que recorrer cuarenta kilómetros en carruaje a través de pinares y arenas movedizas. Los caballos marchaban al paso. Las ruedas chirriaban y los viejos arneses olían a alquitrán. El conductor, un hombrecillo diminuto vestido con una amplia camisa marrón, no paraba de hacer preguntas.

—Allí en Moscú, le pido mil perdones, ¿ha oído algo sobre cuándo tendrá lugar la resolución universal?

—¿Qué resolución?

⁹ Poema escrito en 1845. Es un canto a la independencia ucraniana y, a día de hoy, aún posee un gran reconocimiento en la cultura del país. Se le ha puesto música en numerosas ocasiones.

¹⁰ Canción compuesta en 1863 por Mijailo Verbitski con letra de Pavló Chubinski. En 1917 se convirtió en el himno de la República Popular de Ucrania. Actualmente sigue siendo el himno nacional del país, pero con algunas modificaciones en el texto.

—La que permitirá a los campesinos trabajar la tierra para ellos mismos. La que les dará a los amos y a sus secuaces una patada en su maldito culo. Dicen que Kérenski la está impidiendo, ¡mal rayo le parta!

Kopán resultó ser una pequeña hacienda, o mejor dicho, una aldea abandonada. En un claro del bosque se alzaba una cabaña grande y vieja con un techo de paja podrido y algunos graneros destartalados. No los protegía ninguna valla. El bosque rodeaba la cabaña por todas partes. El sonido de los pinos me pareció, después de la agitación de Moscú, especialmente majestuoso y relajante.

Cuando me vio, mi madre pudo contener las lágrimas, pero le temblaban los labios y se le cortaba la voz. Al instante me abrazó, apretó su cabeza gris contra mi hombro y permaneció inmóvil y en silencio largo rato, tragándose las lágrimas. Nunca me había abrazado así, como a alguien mayor, como a alguien que la protegía, como al único apoyo de su desgraciada vida.

Galia me agarró del brazo con fuerza. Las lágrimas gotearon por los gruesos cristales de sus gafas. No las secó.

Yo intentaba calmar sin éxito a mi madre. La recordaba y pensaba a menudo en ella, pero solo entonces me di cuenta de que la vida no le había dejado más que un único y amargo amor, oculto en lo más profundo de su alma, por los dos familiares vivos que le quedaban: Galia y yo. Estas eran las últimas migajas de amor que le quedaban. En aras de este amor soportó sin rechistar la humillación de parte de sus parientes ricos, el trabajo duro y la soledad total en aquellos bosques desiertos.

Al anoecer, mi madre se quejó con voz culpable de que entonces era absolutamente imposible conseguir petróleo (no lo había ni siquiera en Chernóbil) y que por eso Galia y ella se sentaban por las noches alrededor de una lámpara de astillas.

Hasta ese momento no había visto nunca una lámpara de astillas. Me gustó mucho su llama púrpura y brillante.

Mi madre, que toqueteaba los flecos de su pañuelo con dedos ásperos por la tierra, dijo insegura:

—Qué bueno sería, Kóstik, que te quedaras aquí con nosotras. Es tan peligroso que vivamos ahora separados... Viviríamos como fuera. Es verdad que solo a base de patatas y tocino, pero todos juntos. ¿Qué te parece, Kóstik?

No se atrevía a mirarme a la cara y permaneció sentada con la mirada en el suelo.

Yo guardé silencio.

Mi madre metió una nueva astilla en la abrazadera de hierro. Le temblaban las manos.

—Galia y yo hemos pensado —dijo sin mirarme— que si no has abandonado la idea de ser escritor te da igual dónde trabajes. Esto es muy tranquilo. Nadie te molestará.

Ya no podía seguir callado.

—Lo pensaré —respondí.

Mi madre se acercó a mí y me acarició el pelo.

—Claro que sí —dijo con una sonrisa triste—. Claro que sí. Tienes razón. Piénsalo, Kóstik.



Por mucho que uno viva en este mundo, Rusia nunca dejará de asombrarlo. Ese asombro comenzó para mí en la infancia y a día de hoy no ha desaparecido. No hay país en el mundo más imprevisible y contradictorio.

Dos días después de mi llegada a Kopán me convencí de ello.

Les hablaba a mi madre y a Galia del Moscú revolucionario cuando vi por la ventana que un monje encorvado y decrepito, de sotana polvorienta y *skufeika*¹¹ raída terminada en pico, salía del

¹¹ Birrete de forma cónica usado por los monjes y popes ortodoxos.

bosque y se dirigía a la casa. Entró, se santiguó en un rincón vacío, nos hizo una profunda reverencia y le pidió a mi madre que le diera sal a cambio de setas secas para los hermanos. El monje parecía sacado de los tiempos de Pedro I.

Mi madre tenía sal. Le dio al monje un cuarto de saco, pero no cogió las setas, pues en el bosque había suficientes para coger.

Mi madre le sirvió al monje un poco de té. Él se sentó a la mesa sin quitarse la *skufeika*. Antes de echarlos en el vaso, mojaba los terrones de azúcar en el té y luego lo sorbía. De cuando en cuando le corrían pequeñas lágrimas por las mejillas, amarillas como la cera de las iglesias. Se las secaba con la manga de la sotana y decía:

—El Señor me ha permitido una vez más antes de morir beber té con azúcar. El Señor de veras se ha apiadado de mí y se ha compadecido de mis sufrimientos.

Mi madre fue a una habitación contigua a por algo. La seguí y le pregunté que quién era ese monje. Mi madre me contó que a diez kilómetros de Kopán, en el lugar más recóndito del bosque, a orillas del río Uzh, existía desde tiempos inmemoriales un pequeño monasterio. Ahora, tras la revolución, todos los monjes que gozaban de buena salud habían huido, y en el monasterio solo quedaban unos pocos ancianos y enfermos.

—Podrías ir al monasterio —me aconsejó mi madre—. Habla con los monjes, tal vez te resulte interesante.

Unos días más tarde fui al monasterio. El bosque era oscuro y estaba lleno de árboles caídos. Al poco, no en un claro, sino en pleno bosque, directamente entre los árboles, me topé con una alta tapia de troncos ennegrecidos. Había visto tapias así en los cuadros de Roerich y de Nésterov en los que aparecían viejos monasterios.

Caminé a lo largo de la tapia hasta que encontré la puerta. Estaba cerrada. Llamé durante un buen rato hasta que el monje que había venido a casa a por sal me abrió.

Entré en el patio cubierto de hierba. Vi una pequeña iglesia construida con troncos de pino y de inmediato me sentí retroceder en el tiempo.

Oí cantar a los monjes en la iglesia. La campana del campanario repiqueteaba de vez en cuando.

—No sabemos si tocarla o no —me dijo el monje—. Tenemos miedo de que moleste a las actuales autoridades. Así que la tocamos poco. En el campanario vive un cuervo que no quiere irse de ninguna manera. Tenga la bondad de entrar en nuestro templo.

Entramos en la iglesia. Solo tres o cuatro velas estaban encendidas. Los ancianos, que vestían sotanas negras con cruces y calaveras blancas cosidas, permanecían de pie. Los delgados rostros de los santos brillaban en la penumbra con un oscuro brillo dorado. Un amargo olor a bayas de enebro quemadas se extendía por la nave. Los monjes las usaban en lugar de incienso.

Todo se mezcló de alguna forma en mi mente: el antiguo monasterio, los tristes cantos, el murmullo de los pinos en el exterior de la iglesia, las calaveras de las sotanas de los monjes, Moscú, la cruz sobre la tumba de Lelia, los soldados llenos de piojos en las trincheras, la sinagoga de Kobrin, el incendio en el faro de Taganrog, los mítines, la revolución, *La marsellesa*, Kérenski, «Paz a las cabañas, guerra a los palacios»... Todo esto me pareció un abigarrado sueño, casi el curso inverosímil de mi existencia. La expectativa de cambio se había convertido en un hábito en esta vida.

¿Cómo darle sentido a todo? ¿Cómo comprenderlo? ¿Cómo encontrar en este caos la claridad sin la que nada puede ser auténtico y valioso? Y cómo explicarse a uno mismo el estado interior que hace que alguien sea partidario de la revolución, seguidor de las grandes ideas progresistas, interlocutor de Heine, y a la vez contemporáneo de la antigua Rusia, que cantaba allí, en ese monasterio y con voz estremecida, que el hombre merece la felicidad del paraíso «ahora y siempre y por los siglos de los siglos». Y también por qué, cuando escucho estas palabras, me vienen a la mente los

versos «Mi tristeza son las gruesas perlas / guardadas en un joyero de hierro forjado».¹² Hay algo que me resulta similar en estos versos y en los cantos de los monjes.

Salí del monasterio y durante mucho tiempo no pude poner orden en mis pensamientos.

A partir de entonces, cada vez que iba a pescar al río Uzh, visitaba el monasterio. Los monjes me obsequiaban con hidromiel añeja hecha con agua pura.

No teníamos periódicos. Si los queríamos debíamos ir a Chernóbil en un caballo cojo.

Fui allí una sola vez y llevé a Kopán la noticia del motín de Kornílov y de que los alemanes habían tomado la ofensiva y ocupado Riga.

La segunda vez que lo intenté, mi madre no me dejó ir a Chernóbil. En los bosques se refugió una banda de prisioneros austriacos que se habían fugado o que habían sido liberados de su cautiverio. Nadie vio nunca a esta banda, pero todo el mundo estaba asustado.

Pasó el tiempo. Nada más se supo de la banda y todos se tranquilizaron. A finales de otoño partí ya hacia Kiev y desde allí a Moscú. Mi madre me hizo darle mi palabra de que volvería a la primavera siguiente.

Cuando me marché, Polesia era un mar de hojas secas y amarillas y suaves nieblas.

Una semana después de mi partida, una banda desconocida asaltó el monasterio, cavó las celdas en busca de plata, mató a tiros a los monjes e incendió la iglesia. Pero la iglesia estaba construida con troncos momificados por los siglos, por lo que se quemó, pero no se destruyó.

¹² Versos de Olga Alexándrovna Beliávskaja, autora de libros infantiles que ha pasado a la historia precisamente por estas dos líneas. Se desconocen las fechas de su nacimiento y muerte. Su último libro se publicó en 1919.